

jándose de su impotencia y de su aislamiento en el consejo de los soberanos, y prometió al embajador, que al día siguiente abogaría por la regencia de María Luisa.

Avanzaba la noche y ya iba á amanecer: el emperador, como si quisiese sancionar las esperanzas que daba á Caulaincourt, con una familiaridad mas tierna, le hizo acostarse en un divan en la misma alcoba en que él dormía. Todavía no habia adoptado un partido decisivo. Cuando jóven, habia sido entusiasta de Napoleon: se envanecía de haberse medido con él para con la historia: desde su infancia, formada por maestros revolucionarios, afectaba la popularidad de un príncipe muy avanzado á su siglo: ridiculizaba las cosas antiguas y los restos de la corte y de la emigracion. No era muy afecto á los príncipes de la casa de Borbon. Aquellos príncipes no habian manifestado en San Petersburgo, mas que las esterioridades de la caballería de su raza, en la época en que Catalina II esperaba de ellos las temeridades del heroísmo, y en que les prestaba sus subsidios y su apoyo. Además, Alejandro temia en ellos á la Inglaterra de quien eran clientes ya hacia muchos años.

Caulaincourt, encerrado todo el dia siguiente en la habitacion del gran duque Constantino, esperó entre el temor y la esperanza, el resultado de los últimos consejos, que se multiplicaban entre los soberanos, los generales estrangeros, los partidarios de la casa de Borbon, los miembros influyentes del Senado, y los mariscales del emperador. Aquel dia debia fijarse la suerte de la Europa, variar el cetro de manos, abolirse el gobierno militar, y hacer surgir una dominacion, cuya gloria misma, no podia alijerar el peso. Concluia el reinado de las espadas, é iba á comenzar el de las ideas.

LIBRO SESTO.

Alejandro en casa de Mr. de Talleyrand.—Mr. de Talleyrand.—Conferencia nocturna de los aliados.—Deliberacion.—Alejandro.—El duque de Alberg.—Pozzo di Borgo.—Mr. de Talleyrand.—Declaracion de los soberanos.—Diputacion realista á Alejandro.—Respuesta de Mr. de Nesselrode.—Propaganda realista.—La prensa.—Folleto de Mr. de Chateaubriand, *Bonaparte y los Borbones*.—Estado de los ánimos.—Convocatoria del Senado.—Sesion del 4.º de abril.—Formacion del gobierno provisional.—Mr. de Talleyrand.—El duque de Alberg.—Mr. de Jaucourt.—El general Beurnonville.—El abate de Montesquiou.—El consejo municipal.—Manifiesto de Mr. Bellart.

I.

El emperador Alejandro, despues de su entrada triunfal en Paris, fué á echar pie á tierra en casa de Mr. de Talleyrand. La situacion de aquel palacio á la entrada de los Campos Eliseos y del jardin de las Tullerías, sus espaciosas y magníficas habitaciones, sirvieron de pretesto á los ministros y ayudantes de campo del emperador, para elegir aquel alojamiento. Pero las relaciones secretas de Mr. de Talleyrand con los diplomáticos estrangeros del gabinete de Alejandro, sus inteligencias con los príncipes de la casa de Borbon por medio de Mr. de Vitrolles, negociador voluntario, intrépido y activo entre la opinion realista y los desafectos imperiales,

el odio que Mr. de Talleyrand dejaba traslucir contra el emperador despues de su desgracia, su influencia en el Senado, su crédito con los antiguos revolucionarios, sus relaciones de familia y de amistad con las mayores aristocracias de Francia, y en fin, su reputacion casi profética de adivinacion de los acontecimientos, que habia llegado hasta tal punto, que cuando se veia que Mr. de Talleyrand se inclinaba hácia un partido, se creia ver que hácia él se inclinaba la fortuna, eran los verdaderos motivos que habian conducido á Alejandro á casa de aquel hombre de Estado. Hasta el favor del jóven soberano que habia llegado á ser huésped del antiguo diplomático, era muy á propósito para aumentar la importancia que la opinion pública atribuia ya á Mr. de Talleyrand. El partido realista que sabia de antemano que de aquellas conferencias saldria la Restauracion, habia tenido la habilidad de colocarlas en el hogar y bajo los auspicios del hombre de Estado, cuya voluntad queria captarse y consolidar su crédito.

II.

Ya hacia largo tiempo que Mr. de Talleyrand inspiraba serias sospechas á Napoleon. Muchas veces habia pensado mandarle prender, para prevenir intrigas y defecciones, de que sus primeros reveses debian ser la señal; pero no se atrevió. Temerario y pronto en obrar contra los facciosos vulgares, hasta cruel, y sin justicia ni compasion para con el duque de Enghien, el supremo pontífice y los príncipes de la casa de España, Napoleon, en aquellos últimos tiempos, se habia vuelto débil, y falto de resolucion, para con ciertos hombres de prestigio que tenia en su córte, á los cuales aborrecia, pero toleraba. Se arrebatava, murmuraba, y amenazaba: hacia de intento que resonasen muy alto los impulsos de su cólera,

pero en el momento de herir le faltaba valor. Acariciaba, enriquecia, y se esforzaba en retener ó atraerse con dones escesivos ó una aparente confianza, á aquellos á quienes temia mas como enemigos secretos. Hubiérase dicho, que imolacable con los que tenian un poder material, era prudente con las fuerzas de la inteligencia y de la opinion, como si presintiese que su ruina vendria de la rebelion de la inteligencia contra la fuerza. Fouché y Talleyrand eran dos ejemplos de aquella debilidad. Temiendo en Fouché á un conspirador revolucionario, que podria en un dia dado, volver á encender la chispa republicana en el Senado y en el pueblo, se contentó con alejarle honoríficamente de París, y detenerle en Italia; bajo pretexto de vigilar á las córtes de Roma y de Nápoles. Temiendo en Talleyrand á un conspirador realista, que en caso de un revés podria entregarle á él y su dinastía como en rescate á la vieja Europa, no se atrevió ni aun á alejarle de París durante su campaña. Hacía que le vigilara Savary, su ministro de la policía, pero le dejaba sus dignidades, su confianza oficial, y hasta su plaza en el consejo de gobierno, entre su hermano José y la emperatriz. El voto de Mr. de Talleyrand era tan decisivo en la opinion, que al emperador le parecia menos arriesgado sufrirle como amigo dudoso, que ofenderle como enemigo declarado. Aquella timidez é indecision aceleraron su ruina política en lo interior, como habian preparado su decadencia militar en sus últimas campañas. Al envejecer, se habia vuelto el hombre de los paliativos. Era una inconsecuencia en sus principios: la tiranía que delibera y que transige, no es mas que la vacilacion de la violencia. Mr. de Talleyrand conocia el odio que le profesaba el emperador, y el secreto terror que inspiraba á su amo. Estaba, pues, decidido á anticiparsele, y espiaba la hora en que pudiese declararse sin cometer una imprudencia.

III.

Creó que ya había sonado, y la aprovechó el día en que José y la emperatriz salieron de París con el gobierno. Su puesto estaba en aquella corte fugitiva, y recibió la orden de seguirla á Blois. Aparentó que quería obedecer é hizo preparar con ostentacion su equipage. Envió algunos confidentes á la barrera por donde debía salir, subió en su coche, emprendió la marcha, y fué detenido en la puerta por los cómplices que tenia allí apostados. Aquella violencia convenida, hecha á su voluntad de seguir al gobierno imperial, le pareció un pretexto suficiente para volverse á su palacio y quedarse en París. Pensaba que de aquel modo quedaba bien con Napoleon si la victoria le conducia de nuevo á su capital, y lo mismo con sus enemigos si lograban entrar primero en París. Sus relaciones con los príncipes y los soberanos, las medias palabras que habia proferido en San Petersburgo, Viena y Lóndres, su resistencia problemática al asesinato del duque de Enghien, á la usurpacion del trono de España, á la ambicion de territorio de Napoleon, su influencia en el Senado en donde era simultáneamente el representante de la voluntad del emperador y la brújula de la oposicion, y por último, su prodigiosa reputacion de habilidad y de preesciencia, debian señalarle un gran papel en la jornada que iba á decidir la suerte del mundo. Ya hemos visto que sus presentimientos no le engañaron, y que su casa habia llegado á ser el consejo de la Europa.

IV.

El emperador Alejandro, el rey de Prusia, el príncipe de Schwartzemberg, representante del emperador de

Austria, el príncipe de Lichtenstein, el conde de Nesselrode, ministro y confidente de Alejandro, celebraron una conferencia la noche que siguió á su entrada en París. Todavía estaban regocijados con su triunfo, y asombrados con el aspecto solemne y risueño de aquella capital, que desde la puerta de San Martín hasta las Tullerías parecia haberlos recibido mas bien como huéspedes que como conquistadores. Las aclamaciones de los realistas que les pedian un monarca de sus antiguas razas, resonaban todavía en sus oídos. Sin duda tambien sus largos resentimientos y el recuerdo de las humillaciones que les hiciera sufrir la espada de Napoleon, clamaban venganza en el fondo de sus corazones. Por otra parte, la sublevacion de la capital del imperio contra un enemigo que aun no habia rendido las armas, debía parecerles una circunstancia decisiva. De este modo, el orgullo del soberano, el culto de las viejas dinastías, la espacion de los triunfos contra sus pueblos y la táctica mas propia para desarmar al enemigo comun, se reunian para aconsejarles secretamente la eleccion de otro gobierno para la Francia. Pero no se atrevian á hacer por sí mismos lo que deseaban. Querian dar una apariencia de libertad al voto nacional, y no aparecer sino como los testigos armados de la caida de Napoleon, y de la proclamacion de otra monarquía. Pero solo la presencia de los soberanos seguidos de un millon de hombres, en aquella deliberacion ofendia la independencia y la dignidad. No se libera subyugados por la espada. Aquella actitud de la patria en el momento en que volvía á llamar á los Borbones, bastaba para marchar á la Restauracion con la nota de esclavitud: mas tarde debía servir de pretexto á sus enemigos. Aquel pretexto verdadero en la forma, era no obstante falso en la realidad, al menos en aquel momento. A escepcion del ejército y de la corte servil y militar del emperador, la Francia casi entera aspiraba á sacudir el yugo de un dueño que la oprimia ilustrándola.

Si la Francia hubiese votado con completa libertad de opinion, sin hallarse rodeada del ejército de Napoleon ni de los de las potencias extranjeras, es indudable para los que se acuerdan de aquella época, que habria votado casi unánimemente la caída de Bonaparte y de su dinastía. ¿Hubiera votado la restauracion de los desterrados príncipes de la casa de Borbon, ó habria votado una república constitucional, guardadora de los principios de su revolucion de 1789? En esto es en lo que puede ocurrir alguna duda. El renaciente liberalismo era muy ardiente en un corto número de almas; pero el deseo de la paz con la Europa era mucho mas imperioso en las masas, fuera cual fuese la opinion á que pertenecian. Un gobierno que enlazaba las tradiciones con las esperanzas, que reconciliaba los tronos, y que prometia una era pacífica á las naciones, semejante gobierno, acreditado con garantías de libertad, de constitucion, de completa amnistía y de progreso para el porvenir, tenia mas probabilidades de ser votado libremente, que el imperio despopularizado por sus derrotas, y que la república amenazadora por su memoria. Es cierto y debemos confesarlo, que la Restauracion fué adoptada, hallándose el país dominado por el extranjero, y que en la apariencia fué un gobierno impuesto por la fuerza, pero no lo es tampoco menos que en aquellas circunstancias, si la Francia hubiese estado enteramente libre, el resultado habria sido el mismo. Se la presentó como una transaccion imprescindible con la Europa, y como una transaccion de preferencia consigo misma. Fué una necesidad en un recuerdo: he aqui la verdad. Bastaba en aquella crisis que se la pronunciase un nombre para que se precipitase por si misma. Las intrigas realistas contribuyeron bien poco á su triunfo: lo fué de circunstancias mas bien que el de un partido.

V.

En aquella conferencia, Alejandro concedió una libertad estremada á la discusion. Habló solo y con la elocuencia de una alma grande en un papel sublime. El espíritu del siglo habia penetrado en el suyo. Parecía que le difundía desde lo alto del trono, como si fuese á un tiempo mismo el genio de las monarquías y el de los pueblos. Desarrollóse ante su vista el porvenir constitucional y liberal de la Europa. Reconocíase en él al discípulo de Catalina II, Semiramis del Norte, tomando prestados sus vaticinios de la filosofia de Montesquieu y de Voltaire. Se descubria tambien en él al discípulo y amigo del republicano La Harpe, al corresponsal de los filósofos alemanes y de la escuela de madama de Stael. Repudió la conquista en nombre de la humanidad, el despotismo en nombre de la dignidad de los pueblos, y de la division de la Francia en nombre de la independencia de las razas y del equilibrio europeo. «Aquí no tenemos, exclamó al tiempo de concluir, mas que dos enemigos que combatir: Napoleon, opresor del mundo, y los enemigos de la independencia de los franceses, sean los que fueren.» Dirigiéndose luego al rey de Prusia, modesto, triste y silencioso desde la muerte de su esposa la reina Luisa, la beldad de la Alemania, que sucumbió por las victorias y por los insultos de Napoleon: «Hermano, le dijo, y vos príncipe de Schwartzenberg qué representais aquí al emperador de Austria, manifestad si mis palabras no son la expresión de nuestros sentimientos comunes para con la Francia.»

El rey de Prusia y el generalísimo, contestaron con solo una inclinación de cabeza: en seguida y ante todas cosas, se adoptó la resolución de destronar al perturbador de la Europa.

VI.

El duque de Alberg, confidente de Mr. de Talleyrand, pero confidente aventurado por el, para sondear el terreno, y para caer en los lazos en caso de necesidad, defendió entonces la regencia de María Luisa. Ponderó los riesgos de una nueva lucha entre la revolucion consumada, y la contra-revolucion inminente en manos de una familia por largo tiempo desterrada: la necesidad de respetar en la emperatriz á la hija de uno de los soberanos coaligados para libertar á la Europa, pero no para hundirse en la humillacion de su propia sangre: y por último, la pasion del ejército al nombre de Napoleon, que le unia á la causa de su esposa y de su hijo. El rey de Prusia, en su inmóvil fisonomía no daba muestra alguna de favor ni de disintimiento: el príncipe de Schwartzemberg, que como miembro de la aristocrácia alemana aborrecía la soberanía de un hombre de fortuna, no podia, sin embargo, como generalísimo del emperador Francisco, combatir las consideraciones que la conferencia tenia con su soberano. Mr. de Talleyrand con su acostumbrada penetracion, estudiaba con una mirada, al parecer indiferente, las impresiones que las palabras del duque de Alberg producian en el rostro de Alejandro. Le parecia vislumbrar el asombro y el sentimiento, que se marcó involuntariamente en la frente del emperador de Rusia, al escuchar la proposicion de una regencia napoleónica. Aquel príncipe no podia en efecto inclinarse á una regencia que diese para siempre un ascendiente tan paternal, tan filial, y tan dominante al Austria en los consejos de la Francia. Los movimientos de sus labios indicaban que diferentes veces habia contenido sus objeciones. Mr. de Talleyrand abandonó con su silencio á un confidente á quien habia comprometido: no habló ni una

palabra. Sus largas relaciones con Napoleon, los títulos, los empleos y los dones que de él habia recibido, le imponian hasta en la ingratitud, las esterioridades del reconocimiento y del pesar. No le convenia provocar, sino fingir que aceptaba la necesidad de aquella defeccion. Un nombre de inteligencia con él, militar intrépido, diplomático consumado, ayudante de campo del emperador Alejandro, admitido en todos los secretos de las córtes coaligadas de las que era el alma, hombre cuyo talento reunia la voluntad del corso, y la graciosa flexibilidad del griego. Pozzo di Borgo rompió con oportunidad aquel silencio, del cual podia salir una resolucíon á medias.

VII.

Pozzo di Borgo, compatriota de Napoleon, noble como él, y relacionado con el al principio de su carrera por una conformidad de ardor revolucionario y de juventud, que le habia señalado en su isla y conducido á la asamblea legislativa, se habia enternecido con las virtudes y desgracias de Luis XVI. Habia vuelto á Córcega convertido en un realista constitucional. Allí fomentó y sirvió la causa de la independencia de su patria, que queria sustraer de la tiranía del terror. En union del patriota Paoli solicitó la alianza con la Inglaterra. Napoleon habia perseverado en la causa contraria, y se habia hecho adepto del jacobinismo mas exaltado. De allí provino entre los dos insulares, uno de esos odios, que el sol de Mediodía trasmite de raza en raza con la sangre. Refugiado en Lóndres despues de la espulsion de los ingleses de Córcega, Pozzo di Borgo se unió allí con los enemigos mas implacables de Napoleon. Dotado del mas noble exterior, de la elocucion mas penetrante y apasionada, de las maneras mas sencillas y elegantes, militar, diplomático,

publicista, hombre jovial y de negocios, Pozzo di Borgo, por solo la atracción de su naturaleza privilegiada, se granjeó el aprecio de la aristocracia inglesa y continental. Era uno de esos hombres cuyo mérito y atractivos se presentan desde luego á la vista. Admitido al servicio de Rusia se concilió el afecto de Alejandro por la analogía de carácter. Aquel soberano le envió al lado de Bernadotte rey de Suecia. Estos dos tráfugas de Napoleon asociaron su rencor contra él. Sus manos trazaron los planes políticos y de campaña para la libertad de la Europa. Moreau, antiguo rival de Napoleon, llamado de América por su consejo, no llegó hasta mas tarde. Pozzo habia seguido al emperador Alejandro á los campos de batalla de 1813 y 1814. Ayudante de campo durante el día, y su consejero por la noche, hábil en adivinar cuando era necesario dar un golpe á la fortuna de su enemigo, señaló á París con el dedo á Alejandro, en el momento en que Napoleon parecia volver á tomar la ofensiva contra Troyes. El emperador le creyó, y triunfaba por sus inspiraciones. Jamás estuvo mas dispuesto á escucharlas.

VIII.

Pozzo di Borgo sabia que lisonjeara en secreto las inclinaciones de su amo, las astucias de Mr. de Talleyrand, las venganzas de Londres, y los resentimientos de los aristócratas de Viena, hablando contra la regencia: así fué que se espresó en estos términos: «Mientras que el nombre de Napoleon, dijo, pese sobre la Europa desde lo alto del trono, la Europa no quedará satisfecha ni libre. Siempre verá en el gobierno del hijo menor, el alma amenazadora de su padre. La paz, necesaria á los pueblos, y gloriosa para los reyes, no estará basada en la confianza pública. La guerra renacerá siempre bajo

las plantas del hombre que ha talado, humillado y sometido al continente. Si se halla presente, nada contendrá su genio impaciente por el movimiento y las aventuras. Apenas hayan vuelto á sus hogares los ejércitos aliados, cuando un acceso de ambicion volverá á apoderarse de ese hombre, que llamará á las armas á su país, repuesto prontamente de sus descalabros, y será preciso volver á comenzar nuevas victorias que cuestan tantos tesoros y sangre humana. Si se le lleva muy lejos de la Francia, sus consejos atravesaran los mares, y sus tenientes y ministros, se apoderarán de la regencia. Presentarán á su hijo como una enseña de fanatismo, y como un ídolo á sus tropas. La Francia que en el día aborrece al autor de su ruina, se levantará para pedirle sus soberanos. ¿Se rehusará la guerra?... ¿Y si se concede todavía guerra?... Dejar que el imperio sobreviva al emperador, no es apagar el foco incendiario de la Europa, es cubrirle con una ceniza engañosa, debajo de la cual se formará un nuevo incendio. Los partidos á medias son el descrédito de los grandes pensamientos. La Europa ha hecho una cosa inmensa libertando al Continente de su dominador. ¿Quiere echar á perder su obra con un desenlace que hará en lo futuro dudar de su sabiduría y de su fuerza? A los soberanos y á los hombres de Estado toca decidir. En cuanto á mi, me pronuncio como la victoria: ella formó á Napoleon, y ella tambien le ha deshecho. ¿Era su único título el imperio?... Que caiga el imperio con el hombre que le elevó. Solo á este precio pueden conservar su seguridad los tronos y los pueblos.»

IX.

La opinion manifestada con tanta energía por Pozzo di Borgo, complacia demasiado al emperador de Rusia, al rey de Prusia, al príncipe de Schwartzenberg, y á Mr. de Talleyrand, para que no se inclinasen como por

convicción, á adoptar las poderosas razones, que abrigan en sus mismos corazones. Convinose, pues, unánimemente y sin mas discusion en que la raza de Napoleon quedase depuesta del trono.

Separado ya Napoleon, quedaban ó un Borbon, ó uno de aquellos reyes y gefes militares que la victoria y el favor de Napoleon, habian elevado al nivel de los tronos. El emperador Alejandro parecia inclinarse á este último partido. Durante largo tiempo, y con mucho estrépito habia rechazado la causa de los soberanos legítimos de la envejecida Francia monárquica, para no sentirse humillado al volver á aceptarla. Hacia ya diez años que habia fraternizado con los miembros de la familia napoleónica, con sus generales y sus embajadores, en una palabra, habia manifestado demasiado, ser un hombre del siglo nuevo, para proteger y ensalzar el culto del antiguo. Creia perder en ello algo de la popularidad de príncipe sin preocupaciones, con que los hombres de la época imperial le habian lisongead, y que apreciaba tanto como la victoria. Aun dicen que murmuró el nombre de Bernadotte, aquel francés rey de Suecia, ligado entonces con los enemigos de su país. Se cree que habia dado á Bernadotte no promesas, sino esperanzas vagas, cuando le sedujo y atrajo á la coalicion madama de Stael; como el partido liberal de que era oráculo, habia recibido tambien hospitalidad del rey de Suecia, y en su rencor contra Napoleon, habia promovido varias veces en Estocolmo el pensamiento de reemplazar á Bonaparte con un príncipe de fecha reciente, popularizado por el espíritu revolucionario, de que seria la restauracion con un gobierno constitucional.

X.

M. de Talleyrand estaba de antemano seguro del resultado casi unánime de su pensamiento. Lo leia en las

palabras y en las reticencias de los que al parecer deliraban: «No hay, dijo, con esa brevedad de oráculo, que fija las ideas y corta las objeciones, no hay mas que dos principios frente á frente en el mundo: la legitimidad ó la casualidad: la legitimidad es el derecho reconocido y consagrado por el raciocinio y por la tradicion. La casualidad, es la victoria ó la derrota, la fortuna, los reveses, la arbitrariedad, la revolucion, el hecho. Si la Europa quiere librarse de la revolucion, del hecho, de la casualidad, de los trastornos, debe adherirse al derecho, es decir, á la legitimidad. Entonces los decretos no serán ya simplemente la fuerza material, serán la autoridad moral de un dogma superior á las vicisitudes de los acontecimientos.»

«No hay, añadió, dirigiéndose al emperador Alejandro como para contestar á su insinuacion del nombre de Bernadotte; no hay aqui mas que dos cosas posibles, Napoleon ó Luis XVIII. El emperador no puede ser reemplazado en el trono mas que por un rey de derecho. Todo rey por la victoria ó por el talento, seria mas pequeño que él: es el primero de los soldados: despues de él, no hay en Francia, ni aun en el mundo, quien pueda hacer marchar diez hombres por su causa.» En pocas palabras desenvolvía estos pensamientos: y reasumiéndolos luego en un axioma conciso, propio para grabarse en la inteligencia. y para correr como un pequeño volúmen en la circulacion de las opiniones fluctuantes; «Todo lo que no sea Napoleon ó Luis XVIII, señor, añadió, es una intriga?..» Esto era colocar al emperador y al consejo en una alternativa que no dejaba lugar á la decision. Napoleon era el peligro supremo: la intriga era un paliativo indigno de la Europa. Alejandro exclamó como un hombre convencido de que Mr. de Talleyrand habia previsto lo que tenia que suceder, y que se adheria definitivamente á su dictámen.

«Pero, repuso con cierta apariencia de escrúpulo y

de ansiedad, que manifestaba su respeto á la nacion francesa; somos extranjeros y no podemos disponer de ese modo del trono; no podemos por nosotros solos llamar á unos principes; que quizá la nacion no recibiria de nuestras manos. ¿Qué medio tenemos para conocer el verdadero voto de la nacion?..»

XI.

Mr. de Talleyrand pronunció el nombre del Senado, único grande cuerpo que existia entonces constituido en París. Aquel cuerpo carecia de mandato del pueblo, porque habia sido nombrado por el emperador. Pero era imponente por los nombres de sus individuos, y por el papel que Napoleon le habia hecho representar con cierta especie de deferencia, que el Senado le pagaba con adulaciones. El Senado, pues, en un momento supremo, podia figurar á los ojos de la Francia y de la Europa una sombra de representacion. Si elevaba todavia su voz, podia dar á una resolucion cualquiera, no la autoridad de un derecho, pero sí la señal de una revolucion. Por un extraño fenómeno de flexibilidad en aquel cuerpo envilecido, y por decirlo asi, doméstico, del imperio. Mr. de Talleyrand, estaba de antemano seguro de su complacencia para con el emperador triunfante, y de su defeccion para con el emperador vencido. Lo que mejor representaba el Senado imperial eran los vicios de la nacion degradada con diez años de despotismo, la versatilidad, la adoracion del triunfo, y la infidelidad en los reveses. Mr. de Talleyrand, respondió de aquel cuerpo constituido á Alejandro. Tomó la pluma de su propia mano para redactar con anuencia, de los soberanos y generales presentes á la conferencia la declaracion á los

franceses que queria hacer irrevocable por medio de una publicidad que hiciese imposible su retractacion.

XII.

«Los ejércitos aliados, escribió Mr. de Talleyrand, han ocupado la capital de la Francia. Los soberanos acogen el voto de la nacion francesa, y declaran:»

«Que si las condiciones de la paz deberian contener garantias mas fuertes cuando se tratase de encadenar la ambicion de Bonaparte, deben ser mas favorables cuando, por un cambio de un gobierno sábio, la Francia ofrezca seguridad de reposo. En su consecuencia, los soberanos proclaman:

«Que ya no tratarán con Napoloon Bonaparte.» Estas eran las mismas palabras que acababa de dictar la conferencia al que tenia la pluma en la mano. Conoció que aquellas palabras podian dejarle la esperanza de recobrar el imperio en la persona de su hijo, ó de algunos miembros de su dinastia que queria comprender en la misma sentencia. Se detuvo un rato mirando al emperador de Rusia en silencio, como si preguntase á los ojos de aquel príncipe, suplicándole concluyese con una palabra mas, un sentido que le parecia insuficiente y arriesgado. Alejandro comprendió la mirada, se paseó con agitacion por el Salon, miró á su vez sin hablar palabra al rey de Prusia y al generalísimo austriaco, y luego, como si hubiese tomado sobre sí la responsabilidad de aquella dinastia moderna: «ni con ningún miembro de su familia» dijo, indicando con el dedo á Mr. de Talleyrand, que concluyese la frase suspendida. Ninguno de los que asistian á la conferencia, murmuró contra aquella decision de Alejandro. Mr. de Talleyrand continuó escribiendo:»

«Los soberanos respetarán la integridad de la antigua Francia tal como existía en tiempo de sus reyes legítimos. Ellos pueden hacer todavía más, por que siempre profesarán el principio, de que para la felicidad de la Europa es necesario que la Francia sea fuerte y grande.

«Reconocerán y garantizarán la constitución que la nación francesa se diere.

«Invitan al Senado á que se designe inmediatamente un gobierno provisional, que provea á las necesidades de la administración y pueda preparar la constitución que convenga al pueblo francés.»

XIII.

Mr. de Talleyrand que quería prevenir con una revolución completa la llegada del emperador de Austria á París, y las intrigas, súplicas y remordimientos paternales que los partidarios del Imperio podían remover en el corazón de aquel príncipe, envió precipitadamente á imprimir, fijar en los parages públicos, y esparcir aquella declaración. En cada una de sus palabras se conocía la mano de un hombre consumado en el conocimiento y en la práctica de la opinión. Los resentimientos contra Napoleón, universales entonces en el ánimo de los pueblos cansados y humillados, quedaban satisfechos con aquella destitución. Su repugnancia natural contra la influencia del Austria durante una larga minoría, recibía allí una garantía con la esclusión de la regencia. El patriotismo quedaba tranquilizado por la integridad, y la ambición nacional por la posibilidad en perspectiva de un aumento de territorio. Los realistas veían segura en ella la restauración de la única raza, que podía reemplazar á la gloria, con esa legitimidad cuyo nombre pronunciaba por primera vez el pueblo. El liberalismo naciente era prote-

gido y escitado por la promesa de una constitución formada y discutida con entera libertad. Los nuevos intereses y las nuevas ambiciones napoleónicas quedaban apaciguadas con el llamamiento hecho al Senado, que ciertamente no haría traición más que al emperador, y que cubriría con una amnistía y con la inviolabilidad las vidas, fortunas, y dignidades del ejército y de la corte de Napoleón. En fin, el pueblo de la capital y de las provincias que temblaba por la patria, por sus hogares, y por la seguridad de sus bienes y personas, era allí convidado á la paz y á la admiración, por la magnanimidad de los vencedores, que juraban respetarlo todo excepto un hombre.

XIV.

Así es, que aquella declaración, tan hábilmente mezclada con garantías y esperanzas para todos, fué recibida con aclamaciones por la inmensa mayoría del país. El ejército únicamente se entristeció, pero estaba solo y gimió sin irritarse. Los gefes que quedaban bien satisfechos, contuvieron la emoción del soldado en vez de escitarla.

XV.

Apenas salieron las primeras copias de aquella declaración del palacio de Mr. de Talleyrand y circularon por los grupos de realistas que aguardaban en las escaleras, en los patios y en la plaza, resonaron los gritos de ¡Viva el rey!... y llegaron hasta los oídos de los soberanos que todavía estaban reunidos. Algunos jóvenes de las mejores casas del arrabal de San German, ansiaban que llegase la hora que la Providencia concedía á la antigua

BIBLIOTECAS
DE LA REAL ACADEMIA DE LAS CIENCIAS

ristocracia y á la monarquía secular. Antiguos servidores de Luis XVI que habian podido escapar del cadalso y de la emigracion, periodistas oprimidos y despojados por la arbitrariedad de la policia de Napoleon, como Bertin; publicistas y escritores que no habian abandonado la causa perdida como Mrs. de Chateaubriand y Ferrand; y en fin, aquella juventud elegante, audaz, movable, que arrastraba el remolino del momento, se reunieron en la primera casa que abrió las puertas á su impaciencia, para ponerse de acuerdo acerca del impulso que debia darse al acontecimiento. Tratábase de prevenir las resoluciones y vacilacion de un Senado sospechoso, odioso, vendido á los restos del Imperio, ó á los intereses y recuerdos de la revolucion. Pero aquellos hombres estaban tan llenos de sentimientos y tan vacios de ideas, la fiebre del entusiasmo daba tal delirio á sus palabras; y estaban tan poco habituados á las deliberaciones y discursos, que la sesion no fué mas que un prolongado tumulto, y ninguno de ellos llegó á espresar ni á hacer adoptar un parecer comun. Solo un jóven de la gran casa de la Rochefoucault se hizo escuchar por la autoridad de su nombre el arrebatado de su entusiasmo, y su actitud dominadora. El ardor de su realismo le iluminaba acerca del mayor riesgo de las revoluciones, el de discutir sin tomar un partido. «Esta hora, dijo, puede arrebatarnos la monarquía, mientras nos ocupamos en aclamaciones vanas á nuestros reyes.» El conde Sosthene de la Rochefoucault, propuso se nombrase una diputacion, que inmediatamente se trasladase al abjamiento del emperador de Rusia, para tomar acta de la declaracion de los soberanos, y hacerle presente el voto de la nobleza, de la inteligencia y de la fidelidad francesa, en favor de su legitimo monarca: aquella proposicion fué aprobada. Sosthene de la Rochefoucault, Mrs. de Chateaubriand, el mas popular é ilustre de los escritores del siglo, César de Choiseul, y Ferrand, antiguo y mediano parlamentario, pero rodeado

entonces de una aureola de importancia y de una nombradía de oráculo, se dirigieron en nombre de los realistas al palacio de Mr. de Talleyrand.

XVI.

Introducidos ya en él, solicitaron ver al emperador Alejandro: aquel príncipe se habia entregado ya al sueño. Su ministro Mr. de Nesselrode recibió á la diputacion en lugar de su amo, Mr. de Nesselrode era cómplice de antemano del voto que trataban de manifestar al emperador. Pero ninguno de los cuatro comisionados, fuese por emocion, timidez ó falta de costumbre en los discursos, espresó el pensamiento comun que se hallaban encargados de esponer á las potencias. Mr. de Choiseul era un soldado: Mr. de Ferrand, talento apelmazado, dogmático y tardío, balbuceaba; Mr. de Chateaubriand, talento muy á propósito y solemne, temia no encontrar, sin haberlas antes escrito y meditado, palabras en relacion con tan magestuoso momento: solo queria pronunciar palabras ilustres. Sosthene de la Rochefoucault, aunque mas jóven, habló por todos con la elocuencia de la impaciencia y del celo. Mr. de Nesselrode no deseaba mas que un pretexto para comprometer mas y mas á las potencias.

XVII.

«Puedo aseguraros, les contestó aquel ministro, que me es muy conocida la voluntad del emperador. Volved á los que os envian y decidles, como asimismo á todos los franceses, que el emperador acoge su voto, manifestado hoy á su vista con tanta vehemencia, y que va á devolver la

corona al que le pertenece. Luis XVIII volverá á subir al trono de Francia.»

Al oír aquellas palabras, los cuatro comisionados, prorumpieron en espresiones de reconocimiento y alegría y sus ojos se cubrieron de lágrimas. Veían entonces todos sus disgustos, las esperanzas, las ilusiones, y el entusiasmo de su ancianidad ó de su juventud. Corrieron, pues, á llevar aquellas palabras, aquellas aclamaciones, sus lágrimas y su entusiasmo, á la reunion que se hallaba en casa de Mr. de Morfantaine. Los gritos, los aplausos, los abrazos y el tumulto resonaron por toda la casa. Era la esplosion reprimida de un siglo que creía salir de su sepulcro y volver á tomar posesion del mundo. No pudo apaciguarse aquel delirio, sino apagando las luces, y alejando á aquella multitud frenética de triunfo en la oscuridad que la dispersó.

XVIII.

Por la noche aquellos realistas se distribuyeron los papeles: las señoras de la nobleza prepararon muchas banderas blancas, y algunos millares de escarapelas del mismo color, para repartirlas al pueblo. La prefectura de policía fué abandonada por los agentes del emperador, y ocupada por una persona de confianza de los realistas. Los periódicos, libres de las trabas de la censura, y restituidos á sus antiguos propietarios, ó bien otros nuevos creados por escritores de la situacion, cambiaron de manos, y prepararon la opinion proscripta el día anterior en Francia. Prorumpieron en injurias y ultrages contra Napoleon, su nombre, su gloria, y sus crímenes, como venganza de una larga ó insoportable opresion. Aquello fué el desbordamiento del alma irritada de un gran partido, que despues de roto el dique, arrastraba

entre las olas de su legítima cólera, las espumas, las heces, y las inmundicias del corazon humano.

XIX.

El primer escritor de la época, Mr. de Chateaubriand, no preservó ni su conciencia, ni su talento, de aquel desbordamiento de injurias y calumnias esparcidas sobre un gran nombre que se hundía. Ya hacia algunos meses que preveía la hora de la decadencia. Abrigaba en su corazon un justo resentimiento contra Napoleon, que tanto mas pesaba sobre su inteligencia, cuanto esta era mas elevada. Madama de Stael y todas las almas grandes y libres, experimentaban la misma compresion. Napoleon se habia declarado enemigo nato de todo pensamiento y de toda independendencia, y la independendencia y el pensamiento le pagaban con odio, el desprecio y la opresion con que los habia tratado. Su caida iba á dejar respirar libremente las almas: era pues natural que la deseasen con ardor. Algunos táticos afilaban en silencio el buril que debia algun dia grabar el reinado del soldado, que ponía una mordaza á la historia, como si hubiese presentado la futura venganza del espiritu humano.

Pero aquella venganza no debia degradarse hasta la calumnia: Mr. de Chateaubriand calumnió hasta la tiranía. Eseribió en favor de la restauracion de los Borbones un folleto cruel contra el emperador. En él arrastraba su nombre por la sangre y el fango del sitio de los suplicios de aquel tiempo. Allí, él mismo conducía al patíbulo su reinado: cortaba piedras para que el pueblo las lanzase contra su héroe. En otro tiempo le habia alabado hasta compararle con los héroes de la Biblia, y aun le habia servido en las filas subalternas de la diplomacia. Despues del asesinato del duque de Enghien, el en-

tusiasmo del escritor, convertido en desprecio, le habia colocado en una oposicion sorda, pero no desmedida. Se creia proscrito y perseguido, pero no habia sido proscrito mas que de los favores imperiales, ni perseguido mas que por el afectado desprecio de su amo. Su amigo Mr. de Fontanes, favorito de Napoleon, era siempre un mediador posible y sincero entre las dos glorias á quienes amaba. La proscripcion de Mr. de Chateaubriand, no era en realidad mas que una noble actitud. Gozaba en paz de su patria, de sus estudios, de su fama, y del culto que su obra del Genio del Cristianismo, le habia grangeado en el partido religioso.

XX.

Sea como quiera, ya hacia algunos meses que llevaba consigo su folleto inédito, como la espada que debia dar el último golpe al tirano. Aquel folleto, impreso por la noche, y entregado por trozos á los periódicos, inundó por la mañana á París y bien pronto á la Francia, de maldiciones contra el emperador y el Imperio. Napoleon estaba retratado en él con los rasgos del Atila moderno, y con los repugnantes de un verdugo, que ejecutaba con sus propias manos á las víctimas de que estaba sediento. Presentábasele en Fontainebleau atormentando la conciencia de Pio VII, y arrastrando de los encanecidos cabellos por el pavimento de su prision, al pontífice mártir de su complacencia y de su resistencia al aventurero coronado. Mr. de Chateaubriand habria los calabozos para enseñar en ellos con el dedo al pueblo los tormentos, las mordazas, y los silenciosos asesinatos de las víctimas. Removia todas las cenizas, desde Pichegrú hasta las de los apestados de Jaffa, para hacer brotar de ellas, acusaciones, sospechas y crímenes. Era el alegato de la hu-

manidad y de la libertad escrita por la mano de las Furias contra el gran culpable del siglo. No escaseaba á su enemigo hasta esas acusaciones viles de sórdida avaricia y de concusion que tanto ofenden y manchan, y que tan grande sensacion producen. El robo, la cobardía, el hierro, el veneno, todo le servia de arma para destruir aquella reputacion que tanto le ofendia. Aquel libro arrojado hoja por hoja á la opinion durante muchos dias, era muy terrible porque sucedia al largo silencio de la oposicion. Creíanse aquellas calumnias, porque sucedian á diez años de mentiras de la prensa oficial. Era el primer grito del siglo que habia logrado quitarse la mordaza que le pusiera la policia, y le escuchaban como una revelacion del sepulcro. Mr. de Chateaubriand, arrojando la fama de Napoleon á manera de pasto á la malevolencia del pueblo, y como un homenaje al partido realista, ejecutó una accion que no puede excusar ninguna pasion política: el asesinato de un reinado con armas emponzoñadas. Pero aquella mala accion, alabada entonces porque era necesaria, fué rechazada mas adelante por la conciencia del siglo. En aquel tiempo contribuyó eficazmente á despopularizar el imperio. Cuando Mr. de Chateaubriand se presentó á Luis XVIII, para recibir en recompensa los favores de la nueva monarquia, aquel príncipe le dijo: «Vuestro libro ha valido para mí tanto como un ejército.»

Mas por una compensacion justa, algunos meses despues, la indignacion de los bonapartistas y de los hombres imparciales, contra las calumnias y ultrages de aquel libro, sirvieron tambien eficazmente, para rehabilitar el nombre de Napoleon, y hacer que el pueblo corriese presuroso á saludarle. Solo la justicia es mortal para las reputaciones.

Sin embargo, el nombre de los Borbones, desconocido ú olvidado de los pueblos, corrió en las páginas de Mr. de Chateaubriand y en las columnas de los periódicos por todo el imperio. Al pronto causó sorpresa, luego hubo un recuerdo, y en pocas horas el asombro y el olvido se convirtieron en una especie de fé borbónica. Poco á poco, sin disputas de ningun género, fueron uniéndose todos á aquel nombre, que parecia una áncora de salvacion en la confusion y oscuridad en que habian quedado las cosas. Hubo algunos incrédulos, pero pocos ó ninguno fueron los que murmuraron. Parecia que la Providencia se declaraba con la victoria por aquel nombre. Monsieur de Chateaubriand era un oráculo. Describia con rasgos arrebatadores personas imaginarias, los infortunios, las bondades, las virtudes y las gracias de los individuos proscriptos de aquella familia, cuya existencia apenas era conocida algunos dias antes. Luis XVIII era un sábio de la escuela y del poema de Fenelon, que traia desde remotos climas la política, la esperiencia, la paz y la amnistia: Carlos X, entonces conde de Artois, el caballero heróico de la edad media, adornado con esas debilidades generosas de corazon que los franceses prefieren aun á las mismas virtudes: la duquesa de Angulema, la huérfana del Temple, la víctima propiciatoria de la revolucion, la prenda tierna y religiosa del perdon: el duque de Angulema, un segundo duque de Borgoña, preparado en el destierro para el trono por la docilidad á las lecciones de su tio y de su padre hermanos, hermanos de Luis XVI, consagrados con su sangre. El duque de Berry, un jóven Enrique IV, con sus lijerezas disimulables como prendas del valor y de la bondad del rey bearnés: los Condés, dos generaciones de héroes, cu-

ya vida habia segado en flor y cubierto de tristeza la crueldad del tirano: el duque de Orleans, un principe popular, que habia hecho olvidar los crímenes de los revolucionarios, de su nombre con el arrepentimiento de la inocencia y practicado en el destierro la vida de artesano para elevarse por su solo mérito al rango de los herederos del trono.

La Francia se maravillaba, se sonreia y se enternecia con aquellas pinturas. Cada periódico, cada folleto y cada conversacion las adornaba con los matices mas adaptados á la opinion de las diversas clases de la nacion, fuertes para el Mediodía, heróicos para la Vendée, patrióticos para el Este, y liberales y reflexivos para el Norte y para París. De este modo una vaga é inmensa poesia de opinion precedia al regreso de aquella familia, en que todos comenzaban á ver personificado uno de sus sueños de gobierno ó de corazon.

Tal era la verdadera disposicion de los ánimos en Francia el 4.º de abril y los dias que siguieron á la ocupacion de París. Entre el prestigio de las esperanzas apenas se preveia la desgracia presente. Ninguna familia que hubiera vivido en aquel suelo habria podido producir aquella unanimidad de ilusion y de adhesion. El largo destierro hacia el efecto de una perspectiva lejana: aumentaba y solemnizaba las figuras.

Solo el Senado comenzaba á alarmarse por un impulso que amenazaba llevar la opinion pública mas allá de los límites que su voluntad queria imponerla. El Senado habia cedido mucho con Napoleon para que no fuese descendiente con la Europa y la opinion reunidas. No era á Napoleon á quien queria disputar á la Europa; era